

ID Y EVANGELIZAD

Nº119 mayo y junio de 2020

www.solidaridad.net

LA EUCARISTÍA

**Centro vital del Universo,
de la Iglesia y del Reino**

«La Eucaristía es el gran misterio de la unión,
del encuentro de lo terreno con lo celestial,
de lo humano con lo divino»

San Ireneo

La Eucaristía hace la Iglesia y, en consecuencia, la sociedad

Estamos inmersos en una crisis histórica sistémica. También los que formamos parte de la Iglesia de Cristo. En encrucijadas como esta es más vital que nunca escoger bien el camino que vamos a seguir. Y una vez decidido, andarlo con decisión y compañía adecuada, conscientes de que -si es el verdadero- va a estar bendecido por la persecución externa e interna.

La ventaja de las actuales generaciones es que contamos con la perspectiva del Concilio Vaticano II. De sus providenciales enseñanzas y de las lecciones sacadas de sus falsas aplicaciones. El Espíritu Santo, a través de este gran Concilio, le pide a su Iglesia que retome la senda de la primacía de la Gracia, en lugar del voluntarismo antropocéntrico. Anteponer la acción salvífica para poder transformar el mundo desde sus raíces y no acabar siendo ornato de una cultura mortecina, como pretende la pastoral del compromiso temporal.

Después de más de medio siglo de este Concilio ecuménico y de decenas de miles de proyectos pastorales, congresos, eslóganes, experiencias varias... una considerable porción de los miembros de la Iglesia sigue atorada en el pelagianismo y el gnosticismo, confiando en sus propias iniciativas y en los lugares comunes que salen de los departamentos de pastoral o marketing. El corazón del Vaticano II no late así. Su vocación es recentrar la Iglesia en el Misterio Pascual, fuente de la Gracia y de la vida de los miembros del Cuerpo de Cristo. Pascua que se actualiza en la Eucaristía, que -a su vez- se interioriza en la oración personal y que atraviesa el tiempo y el espacio tanto en la liturgia de las horas como en la vida secular de los bautizados que luchan para transformar las estructuras políticas, económicas, sociales y culturales.

Con el Concilio recobramos la conciencia de que más allá que la Iglesia celebre la Sta. Misa, en realidad es ésta la que constituye a aquella porque no estamos ante una institución cualquiera, sino ante un Misterio nacido y alimentado del Costado abierto del Señor. La principal aportación de los hijos de la Iglesia, en consecuencia, no son nuestros planes ni las múltiples ocurrencias que vamos cambiando con la misma velocidad con que fracasan, sino la celebración fiel, gozosa, asombrada de la Pascua de Jesús. Así surgió la Iglesia y así sigue resurgiendo en cada época: un puñado heterogéneo de hermanos, mayoritariamente empobrecidos, presididos por el apóstol que representa a Cristo Cabeza, Esposo y Pastor, que cantan al Cordero que ha vencido al dragón y a sus bestias entregando en alabanza su vida al Padre en el Espíritu. Esa entrega y su consiguiente acogida, actualizadas en el rito reglado por la Iglesia, son el contenido y la forma de lo que es la Iglesia, pero también de lo que está llamada a ser y hacer en medio del mundo. Es el Misterio (que significa Sacramento) que cambió el Imperio romano e inició la cultura y la civilización más fértiles de la historia.

Ella es el núcleo de la caridad política que están llamados a ejercer los laicos en el mundo, pues -en razón de su bautismo- deben desentrañar el misterio eucarístico en Justicia y Solidaridad, en estructuras de gracia que enfrenten el sistema perverso que genera hambrientos, desempleados, esclavos en serie. Esto implica que si nuestra forma de vida y nuestra acción apostólica no tienen a los descartados como criterio de juicio en todo, entonces estamos profanando la Eucaristía.

En este trascendental giro histórico que la Providencia ha querido para nosotros, necesitamos entender que la santa Misa no es un medio, no es una mera devoción, sino que es el verdadero centro vital tanto de la Iglesia, como del Reino y del Universo completo. La Eucaristía contiene el único programa evangelizador posible y real, que se desarrolla en las Bienaventuranzas. Es decir, las diócesis y sus comunidades, movimientos y parroquias deben entenderse, organizarse y evangelizar a partir de la Eucaristía. Sólo así generaremos una nueva cultura capaz de reconducir la actual crisis global para la gloria de Dios priorizando la dignidad sagrada de la persona humana. ●

Análisis

Eucaristía, Comunión y Solidaridad

Joseph Ratzinger

El Papa emérito, al igual que hizo el Concilio Vaticano II y toda la Tradición eclesial, ve la liturgia como el verdadero paradigma de toda la teología y vida cristiana en general. Por eso, quiso que el primer volumen de sus obras completas en salir a la luz fuese el dedicado a ella. En este artículo explica el significado de los tres términos que le dan nombre y los vincula entre sí.

I. Introducción

En la Iglesia antigua, uno de los nombres más frecuentes de la Eucaristía era simplemente «ágape» –amor–, o «pax» –paz–. Los cristianos de entonces expresaban así, de modo incisivo, el vínculo inseparable entre el misterio de la presencia oculta de Dios y la praxis del servicio a la paz: la Eucaristía es la paz de los cristianos.

No existe ninguna diferencia entre lo que hoy se suele contraponer como ortodoxia y ortopraxis, como doctrina recta y obrar recto, reflejando por lo general un tono más bien despectivo con respecto a la palabra «ortodoxia»: a quien tiene recta doctrina se le presenta como de corazón estrecho, rígido, potencialmente intolerante. En definitiva, todo dependería del obrar recto, mientras que sobre la doctrina se podría discutir siempre. Sólo serían importantes los frutos que la doctrina produce, mientras que sería indiferente por qué caminos se llega a las acciones justas.

Esa contraposición habría sido incomprensible e inaceptable para la Iglesia antigua, comenzando por el hecho de que la palabra «ortodoxia» no significaba «recta doctrina»: significaba la adoración y glorificación auténtica de Dios. Estaban convencidos de que todo dependía de estar en la correcta relación con Dios, de conocer lo que a él le agrada y cómo se puede responder a él de modo justo. Por este motivo Israel amaba la ley: por ella se sabía cuál es la voluntad de Dios, que establece orden en el mundo, abriéndolo hacia lo alto.

Y ésta era la alegría nueva de los cristianos: finalmente, ahora, a partir de Cristo, sabían cómo se debía glorificar a Dios y cómo precisamente



así el mundo resultaba justo. Que ambas cosas iban juntas lo habían anunciado los ángeles en la noche santa: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres que él ama» (Lc 2, 14). La gloria de Dios y la paz en la tierra son inseparables. Donde Dios es excluido, se resquebraja la paz en la tierra, y ninguna ortopraxis sin Dios nos puede salvar.

En efecto, no existe una praxis simplemente justa, prescindiendo de un conocimiento de lo que es justo. La voluntad sin conocimiento es ciega, y así las acciones –la ortopraxis– son ciegas sin el conocimiento y llevan al abismo. Fue el gran engaño del marxismo: nos decía que ya se había reflexionado suficientemente sobre el mundo, y que finalmente lo que hacía falta era cambiarlo. Pero si no sabemos en qué dirección debemos cambiarlo, si no comprendemos su sentido y su fin interior, entonces el simple cambio se transforma en destrucción: lo hemos visto y lo vemos. Pero es verdad también lo contrario: la sola doctrina, si no se convierte en vida y acción, es mera palabrería y así queda igualmente vacía. La verdad es concreta. El conocimiento y la acción están estrechamente unidos, como están unidas la fe y la vida.

2. Eucaristía

«Eucaristía» es hoy –y con plena razón– el nombre más común para el sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo, que el Señor instituyó la víspera de su pasión. En la Iglesia antigua existían al respecto diversos nombres: ya hemos mencionado «ágape» y «pax». Además, de esos dos, se usaba «synaxis»: asamblea, reunión de muchos. Entre los protestantes este sacramento se llama «cena», con la finalidad –según la tendencia de Lutero, para el que sólo la Escritura tenía valor– de volver totalmente al origen bíblico. En realidad, san Pablo llama a este sacramento «la cena del Señor». Pero, es significativo que ese título desapareció ya muy pronto: dejó de usarse a partir del siglo II. ¿Por qué motivo?, ¿fue acaso por alejarse del Nuevo Testamento, como pensaba Lutero?, o ¿qué significado tiene?

En realidad, ciertamente el Señor había instituido su sacramento en el marco de una comida, más precisamente de la cena pascual judía, y así al inicio estaba relacionado con una reunión para la comida. Sin embargo, el Señor no había mandado repetir la cena pascual, que constituía el marco; pero no era su sacramento, su nuevo don. De todas formas, la cena pascual sólo se podía celebrar una vez al año. Por tanto, la celebración de la Eucaristía se desligó de la reunión para la cena en la medida en que se

iba llevando a cabo el alejamiento de la ley, el paso a una Iglesia de judíos y gentiles, pero sobre todo de gentiles. Así, la relación con la cena llegó a ser algo exterior, más aún, ocasión de equívocos y abusos, como san Pablo mostró ampliamente en la primera carta a los Corintios. De este modo, la Iglesia, asumiendo su configuración específica, separó progresivamente el don específico del Señor, lo que era nuevo y permanente, del antiguo contexto, y le dio una forma propia. Esto aconteció, por una parte, a causa de la vinculación con la liturgia de la Palabra, que tiene su modelo en la sinagoga; por otra, a causa del hecho de que las palabras del Señor al instituir la formaron el punto culminante de la gran plegaria de acción de gracias, que gradualmente derivó de las tradiciones de la sinagoga y así, en último término, del Señor, el cual ciertamente había dado gracias y alabanza a Dios según la tradición judía y, a pesar de ello, había enriquecido con una mayor profundidad esta acción de gracias por medio del don de su cuerpo y su sangre.

El mero hecho de volver a la Biblia como origen histórico, considerada de forma aislada, no nos comunica suficientemente la visión de lo que es esencial, pues esto sólo aparece en el marco vital de la Iglesia, que vivió la Escritura y así la comprendió en su intencionalidad más profunda.

Se comprendió que lo esencial en el acontecimiento de la última Cena no era comer el cordero y los otros alimentos tradicionales, sino la gran oración de alabanza, que contenía ahora como centro las palabras mismas de Jesús: con estas palabras había transformado su muerte en el don de sí mismo, de forma que nosotros ahora podemos dar gracias por esta muerte. Sí, sólo ahora es posible dar gracias a Dios sin reservas, porque lo más horrible –la muerte del Redentor y la muerte de todos nosotros– ha sido transformado, gracias a un acto de amor, en el don de la vida. Así, se reconoció como realidad esencial de la última Cena la Eucaristía, lo que hoy nosotros llamamos Plegaria eucarística, que deriva directamente de la oración de Jesús en la víspera de su pasión y es el centro del nuevo sacrificio espiritual, motivo por el cual diversos Padres designaban la Eucaristía simplemente como «oración», como sacrificio espiritual, pero que se convierte también en materia, y



materia transformada: el pan y el vino se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo, el nuevo alimento, que nutre para la resurrección, para la vida eterna. De este modo, toda la estructura de palabras y elementos materiales se transforma en anticipación del banquete eterno de bodas.

Precisamente examinando el proceso con el que el sacramento eucarístico tomó progresivamente su forma, se comprende de modo muy hermoso el profundo vínculo que existe entre Escritura y Tradición. El mero hecho de volver a la Biblia como origen histórico, considerada de forma aislada, no nos comunica suficientemente la visión de lo que es esencial, pues esto sólo aparece en el marco vital de la Iglesia, que vivió la Escritura y así la comprendió en su intencionalidad más profunda y la hizo accesible también a nosotros.

3. Comunión

Es una de las palabras más profundas y características de la tradición cristiana, pero precisamente por esto es muy importante comprenderla en toda la profundidad y amplitud de su significado.

Tal vez puedo insertar aquí una observación totalmente personal. Cuando, juntamente con algunos

amigos –en particular, Henri de Lubac, Hans Urs von Balthasar, Louis Bouyer, Jorge Medina– tuve la idea de fundar una revista, en la que queríamos profundizar y desarrollar la herencia del Concilio, comenzamos a buscar un nombre que pudiera expresar del modo más completo con una sola palabra la intención de ese instrumento. Ahora bien, ya en el último año del concilio Vaticano II, en 1965, se había fundado una revista que debía ser, por decirlo así, la voz permanente del Concilio y de su espíritu, y que por eso se llamó «Concilium».

Al respecto, pudo haber influido el hecho de que Hans Küng, en su libro «Estructuras de la Iglesia», creyó haber descubierto una equivalencia de significado entre las palabras *ecclesia* (Iglesia) y *concilium*. En la raíz de ambos términos estaría la palabra griega *kalein* (llamar): la primera palabra –*ecclesia*– de hecho significa «convocar»; la segunda, –*concilium*–, «llamar juntos»; por tanto, en definitiva, ambas significaban lo mismo. De aquí podría derivar una especie de identidad entre los conceptos de iglesia y de concilio. La Iglesia, por su naturaleza, sería el continuo concilio de Dios en el mundo. Por consiguiente, la Iglesia se debería pensar de modo conciliar y actuar en la forma de un concilio. Viceversa, el concilio sería la realización más intensa de Iglesia en absoluto, o

sea, la Iglesia en su máxima expresión. Con todo, llegué a la conclusión de que la visión de Hans Küng necesitaba también notables correcciones.

El concilio es algo que la Iglesia hace, pero la Iglesia no es un concilio. La Iglesia no existe ante todo para deliberar, sino para vivir la Palabra que le ha sido dada. Como concepto fundamental, en el que se resume la esencia de la Iglesia misma, encontré la palabra *koinonía*, comunión. La Iglesia celebra concilios, pero es comunión. Por tanto, la estructura de la iglesia no se debe describir con la palabra «concilio», sino con la palabra «comunión». Así llamaríamos a nuestra revista: *Communio*.

Este término comenzó a adquirir importancia pública solamente con el Sínodo de los obispos de 1985. Hasta entonces la expresión «pueblo de Dios» dominaba como el nuevo concepto clave para la iglesia, pues se creía que en él se hallaban condensadas de modo sintético las intenciones del Vaticano II. Esto también podía ser verdad, si se hubiera entendido la expresión en toda la profundidad de su significado bíblico y en el contexto amplio en el que el Concilio la había usado. Pero cuando una gran palabra se convierte en eslogan, sufre inevitablemente una reducción, más aún, una trivialización. Así, el Sínodo de 1985 buscó un nuevo inicio, colocando en el centro la palabra comunión, que remite ante todo al centro eucarístico de la Iglesia y, así, también a la comprensión de la Iglesia en el espacio más íntimo del encuentro entre Jesús y los hombres, en el acto de su entrega por nosotros.

No se podía evitar que también esta gran palabra fundamental del Nuevo Testamento, aislada y usada como eslogan, sufriera una reducción, más aún, que fuera trivializada. Hoy, quien habla de eclesiología de comunión, por lo general expresa dos cosas: quiere contraponer una eclesiología plural, por decirlo así, federativa, a una concepción centralista de Iglesia, y quiere subrayar el entramado recíproco de Iglesias locales en el intercambio de dar y recibir, así como el pluralismo de sus formas expresivas culturales en el culto, en la disciplina y en la doctrina.

Incluso donde estas tendencias no se desarrollaron de forma concreta, la comunión por lo general se entendió en un sentido horizontal, como una red múltiple formada por comunidades. Así, la concepción de una estructura de comunión de la Iglesia apenas se diferencia del concepto anteriormente descrito de una visión conciliar: domina lo horizontal, la idea

de la autodeterminación dentro de una comunidad amplia. Naturalmente, en esto hay mucho de verdad. En cambio, el enfoque de fondo no es correcto, y así se perdió de vista la verdadera profundidad de lo que el Nuevo Testamento, el Vaticano II y el Sínodo de 1985 querían decir.

Para aclarar este núcleo de significado del concepto de comunión, quisiera comentar ahora brevemente un texto del Nuevo Testamento sobre la comunión. 1 Cor 10, 16-17: «*El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan.*»

Ante todo, el concepto de comunión está arraigado en el santísimo sacramento de la Eucaristía, razón por la cual aún hoy, en el lenguaje de la Iglesia, a la recepción de este sacramento solemos llamarla con razón simplemente «comunión». De este modo, resulta en seguida evidente también el significado social muy práctico de este acontecimiento sacramental, y esto con un radicalismo imposible de alcanzar en visiones exclusivamente horizontales. Aquí se nos dice que, en cierto modo, a través del sacramento entramos en comunión de sangre con Jesucristo, donde sangre, según la concepción judía, equivale a «vida» y, por consiguiente, se afirma una compenetración de la vida de Cristo con la nuestra. Evidentemente «sangre», en el contexto de la Eucaristía, equivale también a don, a existencia que, por decirlo así, se entrega, se da por nosotros y a nosotros.

Así, la comunión de sangre es también inserción en la dinámica de esta vida, de esta «sangre derramada»: dinamización de nuestra existencia, gracias a la cual puede convertirse en un ser para los otros, como podemos verlo con evidencia ante nosotros en el corazón abierto de Cristo.

Desde cierto punto de vista, son aún más impresionantes las palabras sobre el pan. Se trata de la comunión con el cuerpo de Cristo, que san Pablo compara con la unión del hombre y de la mujer (cf. 1 Co 6,17-55; Ef 5,26-32). San Pablo explica esto también desde otro punto de vista, cuando dice: es un solo pan, idéntico, que todos recibimos aquí. Eso vale en sentido muy fuerte: el «pan» –el nuevo maná, que Dios nos da– es para todos el único y el mismo Cristo. Verdaderamente el único e idéntico Señor es a quien recibimos en la Eucaristía; o mejor, él es el que nos acoge y nos asume en sí. San Agustín expresó

esto con unas palabras que percibió en una especie de visión: «Come el pan de los fuertes; no me transformarás en ti, sino que yo te transformaré en mí». Eso quiere decir: el alimento corporal que asumimos es asimilado por el cuerpo, se convierte él mismo en un elemento constitutivo de nuestro cuerpo. Pero este pan es de otro tipo. Es más grande y más elevado que nosotros. No somos nosotros los que asimilamos, sino que es él el que nos asimila a sí; de esta forma, en algún modo, llegamos a configurarnos a Cristo, como dice san Pablo, nos hacemos miembros de su cuerpo, una sola cosa en él. Todos «comemos» la misma persona, no sólo la misma cosa; de este modo, todos somos arrancados de nuestra individualidad cerrada e insertados en una más grande. Todos somos asimilados a Cristo y así, por medio de la comunión con Cristo, también unidos entre nosotros, hechos idénticos, una sola cosa en él, miembros los unos de los otros. Comulgar con Cristo es, por su misma esencia, comulgar unos con otros. Ya no somos los unos junto a los otros, cada uno por sí mismo; sino que cada uno de los otros que comulgan es para mí, por decirlo así, «*hueso de mis huesos y carne de mi carne*» (cf. Gn 2,23).

Por tanto, una auténtica espiritualidad de comunión, además de la profundidad cristológica, tiene necesariamente un carácter social, como Henri de Lubac, hace ya más de medio siglo, describió grandiosamente en su libro «Catolicismo». Así pues, en mi oración durante la comunión, por una parte debo mirar totalmente a Cristo, dejarme transformar por él, quizá también dejarme quemar por su fuego, que me envuelve. Pero, precisamente por esto, también debo tener siempre claramente presente que de ese modo él me une orgánicamente con todos los demás que comulgan, con los que están a mi lado y que tal vez no me caen simpáticos; también con aquellos que se encuentran lejos: en Asia, África, América, o en cualquier otro lugar.

Al llegar a ser uno con él, debo aprender a abrirme en aquella dirección y a implicarme en esa situación: esta es la prueba de la autenticidad de mi amor a Cristo. Si estoy unido con Cristo, lo estoy juntamente con los demás, y esta unidad no se limita al momento de la comunión; aquí solamente comienza y se transforma en vida, carne y sangre, en la cotidianidad de mi estar con el otro y junto al otro. Así, también la realidad individual de mi comunión, y el ser y la vida de la Iglesia, están inseparablemente unidos.

La Iglesia no nace como una simple federación de

Cuando la Eucaristía se comprende en toda la interioridad de la unión de cada uno con el Señor, se transforma también en sacramento social al máximo grado. Los grandes santos sociales eran también grandes santos eucarísticos.

comunidades. Nace a partir del único pan, del único Señor; y a partir de él es desde el inicio y en todas partes una y única, el único cuerpo, que deriva de un único pan. Llega a ser una, no por un gobierno centralista; pero es posible un centro común a todos, porque ella recibe su origen continuamente de un solo Señor, que la crea mediante un solo pan, como un solo cuerpo. Por eso, su unidad tiene una profundidad mayor que la que podría alcanzar cualquier otra unión humana. Precisamente cuando la Eucaristía se comprende en toda la interioridad de la unión de cada uno con el Señor, se transforma también en sacramento social al máximo grado. En realidad, los grandes santos sociales eran también grandes santos eucarísticos. Sólo quisiera citar dos ejemplos, escogidos entre muchos posibles.

Ante todo, la amable figura de san Martín de Porres, que nació en 1569, en Lima (Perú), de una madre afroamericana y de un noble español. Martín vivía de la adoración al Señor presente en la Eucaristía. Pasaba noches enteras en oración ante el crucifijo, mientras de día atendía incansablemente a los enfermos y cuidaba de las personas socialmente pobres, a las que, al ser mulato, se sentía cercano por su origen. El encuentro con el Señor, que se entrega a nosotros en la cruz y nos transforma a todos nosotros, por medio del único pan, en miembros de un solo cuerpo, se traducía coherentemente en el servicio a los que sufren, en la solicitud por los débiles y los olvidados.

En nuestro tiempo, tenemos aún ante los ojos la imagen de la madre Teresa de Calcuta. Donde quiera que abría las casas de sus religiosas al servicio de los moribundos y los marginados, lo primero que pedía era un lugar para el Sagrario.

4. Solidaridad

Mientras las dos primeras palabras clave –Eucaristía y comunión– fueron tomadas de la Biblia y de la tradición cristiana, esta palabra nos ha llegado desde fuera. El concepto de «solidaridad» lo desarrolló

inicialmente, en el ámbito del primer socialismo, P. Lerou, muerto en 1871, en contraposición a la idea cristiana de amor, como la respuesta nueva, racional y eficaz a la cuestión social. Karl Max había explicado que el cristianismo tuvo un milenio y medio de tiempo para mostrar sus capacidades, y ahora había quedado suficientemente demostrada su ineficacia, por lo que debían buscarse nuevos caminos. Durante decenios muchos creyeron que el modelo socialista sintetizado en el concepto de solidaridad era, finalmente, el camino para realizar la igualdad de todos, la eliminación de la pobreza y la paz en el mundo. Hoy podemos observar el panorama de escombros que ha dejado una teoría y una praxis social que no tiene presente a Dios. No; sin Dios las cosas no pueden ir bien.

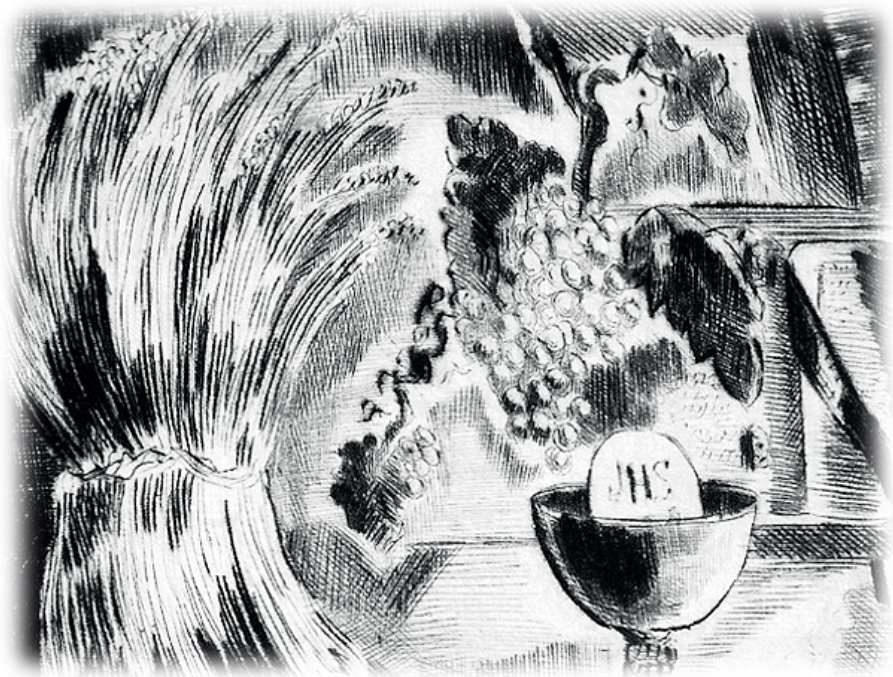
Pero, el concepto de solidaridad en los últimos decenios, sobre todo gracias a los estudios éticos de S. Juan Pablo II, se ha transformado y cristianizado lentamente, de forma que ahora nosotros lo podemos con razón unir a las otras dos palabras clave: Eucaristía y comunión.

Solidaridad significa, en este sentido, sentirse responsables unos de otros, los sanos de los enfermos, los ricos de los pobres, los del norte de los del sur, conscientes de la responsabilidad mutua y que lo que recibimos, por tanto, nunca nos pertenece sólo a nosotros. Hoy vemos que no basta transmitir capacidades técnicas, conocimientos y teorías científicas, o también praxis de determinadas estructuras políticas. Todo esto no sirve, e incluso es perjudicial, si no se estimulan también las fuerzas espirituales que dan sentido a esas técnicas y estructuras, y hacen posible su utilización responsable.

En la crisis de las décadas de 1960 y 1970, muchos misioneros llegaron a la convicción de que el anuncio del Evangelio de Jesucristo ya no sería oportuno hoy en día; lo único que tendría sentido sería ofrecer un servicio de desarrollo social. Pero, ¿cómo podría realizarse un desarrollo social positivo si somos analfabetos con respecto a Dios? La idea de que los pueblos o las tribus deberían conservar sus propias religiones y no se les debía molestar con la nuestra, no sólo muestra que la fe en el corazón de esos hom-

bres se había enfriado, sino que en el fondo, se trata –a menudo sin saberlo– de un desprecio del hecho religioso en general y no de estima hacia las otras religiones, como se presenta en apariencia: la religión es considerada en la persona como un residuo arcaico, que se le debe dejar, pero que en último término no tiene nada que ver con la verdadera grandeza del desarrollo. Lo que las religiones dicen y hacen resulta, en definitiva, indiferente; se las considera como excluidas del ámbito de la racionalidad, y su contenido no cuenta prácticamente nada.

La *ortopraxis*, que luego se espera, está realmente construida sobre arena. Ya es tiempo de abandonar esta forma equivocada de pensar. Necesitamos la fe en Jesucristo, al menos por el hecho de que una la



razón y la religión. Así nos ofrece criterios de responsabilidad y estimula la fuerza de vivir según esta responsabilidad. De la solidaridad entre los pueblos y los continentes forma parte el compartir en todos los ámbitos: material, espiritual, ético y religioso.

Hay una globalización que está pensada unilateralmente con vistas a los propios intereses y debería existir una globalización en la que realmente todos sean responsables unos de otros y cada uno lleve la carga de los demás. Todo esto no puede realizarse de modo neutral, solamente con referencia a las técnicas del mercado. Para las decisiones sobre el mercado siempre son determinantes también los presupuestos de valores. Con respecto a esas decisiones, siempre es decisivo también nuestro horizonte religioso y

Dado que Cristo, con un acto de amor, transformó y venció desde dentro la violencia, ha quedado transformada la muerte misma: el amor es más fuerte que la muerte.

moral. Si la globalización en la técnica y en la economía no va acompañada también por una nueva apertura de la conciencia a Dios, ante el cual todos tenemos una responsabilidad, entonces acabará en catástrofe. Esta es la gran responsabilidad que pesa hoy sobre nosotros, los cristianos. El cristianismo, a partir del único Señor, del único pan, que quiere hacer de nosotros un solo cuerpo, desde siempre ya se orientaba a la unificación de la humanidad. Si nosotros, precisamente en el momento en que se hace realidad una unificación exterior de la humanidad antes inimaginable, nos sustraemos como cristianos y creemos que no podemos o no debemos ya dar nada cargamos con una gran culpa. En efecto, una unidad que se construya sin Dios, o incluso contra él, acaba como el experimento de Babilonia: en la confusión y en la destrucción total, en el odio y en el atropello de todos contra todos.

5. Conclusión: Eucaristía como sacramento de las transformaciones

Volvamos a la santísima Eucaristía. ¿Qué sucedió realmente en la noche en que Cristo fue entregado? Escuchemos al respecto el Canon romano, el corazón de la «Eucaristía» de la Iglesia en Roma: *«La víspera de su pasión, Jesús tomó el pan en sus santas y venerables manos, y, elevando los ojos al cielo, hacia ti, Dios, Padre suyo todopoderoso, dando gracias te bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: “Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros”. Del mismo modo, acabada la cena, tomó este cáliz glorioso en sus santas y venerables manos, dando gracias te bendijo y lo dio a sus discípulos, diciendo: “Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía”».*

¿Qué sucede aquí, en estas palabras? En primer lugar, nos viene a la mente la palabra transubstanciación. El pan se convierte en el cuerpo, en su cuerpo. El pan de la tierra se convierte en el pan de Dios, el «maná» del cielo, con el cual Dios alimenta

a los hombres no sólo en la vida terrena, sino también en la perspectiva de la resurrección, más aún, ya la inicia. El Señor, que habría podido convertir las piedras en pan, que podía suscitar de las piedras hijos de Abraham, quiso que el pan se convirtiera en el cuerpo, en su cuerpo. Pero, ¿es posible esto?, ¿cómo puede realizarse?

Tampoco nosotros podemos evitar las preguntas que se hacía la gente en la sinagoga de Cafarnaúm. El está ahí, ante sus discípulos, con su cuerpo; ¿cómo puede decir sobre el pan: «esto es mi cuerpo»? Es importante ahora poner mucha atención a lo que el Señor dijo en verdad. No dijo simplemente: «esto es mi cuerpo», sino «esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros». Puede llegar a ser don, porque es donado. Por medio del acto de donación llega a ser capaz de comunicación, como transformado él mismo en don. Lo mismo podemos observar en sus palabras sobre el cáliz. Cristo no dice simplemente: «esta es mi sangre», sino «esta es mi sangre, que será derramada por vosotros». Por ser derramada, en cuanto derramada, puede ser donada.

Pero aquí surge una nueva pregunta: ¿qué significa «será entregado», «será derramada»? ¿Qué sucede aquí? En verdad, Jesús es asesinado, es clavado en la cruz y muere entre tormentos. Su sangre es derramada, primero en el huerto de los Olivos por el sufrimiento interior con respecto a su misión, y luego en la flagelación, en la coronación de espinas, en la crucifixión y, después de su muerte, cuando le traspasan el corazón. Lo que sucede aquí es, ante todo, un acto de violencia, de odio, que tortura y destruye.

En este punto nos encontramos un segundo nivel de transformación, aún más profundo: él transforma desde dentro el acto de violencia de los hombres contra él en un acto de entrega en favor de esos mismos hombres, en un acto de amor. Eso se puede reconocer dramáticamente en la escena del huerto de los Olivos. Lo que dice en el Sermón de la montaña, ahora lo realiza: no responde a la violencia con la violencia, como habría podido hacer, sino que pone fin a la violencia, transformándola en amor. El acto de asesinato, de la muerte, es transformado en amor; la violencia es vencida por el amor. Esta es la transformación fundamental, en la que se basa todo lo demás. Es la verdadera transformación, que el mundo necesita; la única que puede redimir al mundo.

Dado que Cristo, con un acto de amor, transformó y venció desde dentro la violencia, ha quedado



transformada la muerte misma: el amor es más fuerte que la muerte. Permanece para siempre. y así en esta transformación se contiene la transformación, más amplia, de la muerte en resurrección, del cuerpo muerto en cuerpo resucitado. Si el primer hombre era un alma viva, como dice san Pablo, el nuevo Adán, Cristo, será en este acontecimiento espíritu que da vida (cf. 1 Co 15, 45). El resucitado es donación, es espíritu que da vida y, como tal, comunicable, más aún, comunicación. Eso significa que no se asiste a ninguna despedida de la materia; es más, de este modo la materia alcanza su fin: sin el acontecimiento material de la muerte y su superación interior, todo este conjunto de cosas no sería posible. y así, en la transformación de la resurrección, todo el Cristo sigue subsistiendo, pero ahora transformado de tal modo que el ser cuerpo y el entregarse ya no se excluyen, sino que están implicados uno en otro.

Antes de dar el próximo paso, tratemos de ver sintéticamente una vez más y de comprender todo este conjunto de realidades. En el momento de la última Cena, Jesús anticipa ya el acontecimiento del Calvario. Acoge la muerte en cruz y con su aceptación transforma el acto de violencia en un acto de donación, de autoefusión como dice san Pablo a propósito de su inminente martirio: *«Aun cuando mi sangre fuera derramada como libación sobre el sacrificio y la ofrenda de vuestra fe, me alegraría y congratularía con vosotros»* (Flp 2,17).

En la última Cena la cruz ya está presente, es aceptada y transformada por Jesús. Esta transformación primera y fundamental atrae hacia sí lo demás: el

cuerpo mortal es transformado en el cuerpo de la resurrección: en el «espíritu que da vida». A partir de aquí resulta posible la tercera transformación: los dones del pan y del vino, que son dones de la creación y a la vez fruto del trabajo humano, de la «transformación» de la creación, son transformados, de forma que en ellos se hace presente el Señor mismo que se entrega, su donación, él mismo, pues él es don.

El acto de donación no es algo de él, es él mismo. A partir de aquí la mirada se abre a dos transformaciones ulteriores, que son esenciales en la Eucaristía desde el instante de su institución: el pan transformado, el vino transformado, en el que el Señor mismo se entrega como espíritu

que da vida, está presente para transformarnos a nosotros, los hombres, a fin de que lleguemos a ser un solo pan con él y luego un solo cuerpo con él. La transformación de los dones, que es sólo la continuación de las transformaciones fundamentales de la cruz y la resurrección, no es el punto final, sino a su vez sólo un inicio. El fin de la Eucaristía es la transformación de los que la reciben en la auténtica comunión con su transformación.

Así, el fin es la unidad, la paz, que nosotros mismos, como individuos separados, que viven los unos junto a los otros o los unos contra los otros, llegamos a ser con Cristo y en él un organismo de donación, para vivir con vistas a la resurrección y al mundo nuevo. Así resulta visible la quinta y última transformación, que caracteriza este sacramento: a través de nosotros, los transformados, que hemos llegado a ser un solo cuerpo, un solo espíritu que da vida, toda la creación debe ser transformada. Toda la creación debe llegar a ser «una nueva ciudad», un nuevo paraíso, morada viva de Dios: Dios todo en todos (cf. 1 Co 15,28). Así describe san Pablo el fin de la creación, que debe configurarse a partir de la Eucaristía. Así la Eucaristía es un proceso de transformación, en el que estamos implicados, fuerza de Dios para la transformación del odio y de la violencia, fuerza de Dios para la transformación del mundo.

Por tanto, oremos para que el Señor nos ayude a celebrarla y a vivirla de este modo. Así pues, oremos para que él nos transforme a nosotros y transforme al mundo juntamente con nosotros en la nueva Jerusalén. ●



Más de la mitad de los médicos holandeses plantean la eutanasia a sus pacientes como una opción más; pero para el paciente esto es una señal de que su vida no vale la pena y la propuesta se vuelve una forma de coacción

Una revista médica holandesa relata el caso de una mujer que no queriendo cuidar a su esposo enfermo le propuso la alternativa de ingresar en una residencia o someterse a eutanasia. El hombre, temeroso de verse a merced de extraños en un lugar extraño, escogió la muerte. Su médico, pese a conocer la coacción, terminó con su vida

Nola Pothoven, holandesa de 17 años, deseaba morir. Tras haber sido violada en tres ocasiones entre los 12 y los 14 años, desarrolló depresión y anorexia. Los servicios sanitarios no proporcionaron la atención psiquiátrica que necesitaba. Ella misma se dejó morir de inanición con el consentimiento de sus padres y la "comprensión" de una sociedad pro-eutanasia

En 1993, el tribunal de Assen (Holanda) consideró justificado que un psiquiatra ayudase a suicidarse a una paciente de 50 años, físicamente sana, sumida en un estado de gran tristeza por la reciente muerte de su hijo (cuatro meses antes). El suicidio se aplicó a los dos meses de ser solicitado

Una geriatra holandesa resultó absuelta tras practicar la eutanasia a una anciana de 74 años con Alzheimer que, años atrás, había declarado verbalmente, su deso de morir en caso de perder la memoria. A la hora de la inyección letal la anciana se opuso tenazmente a morir, pero la médico la mató igualmente administrándole una sustancia disimulada en el café

¡Salgamos de la pendiente resbaladiza de la eutanasia!

Solo Dios es el Señor de la vida

Evangelización



Querida Amazonia: el Papa reafirma la Tradición eclesial

Equipo D. Tomás Malagón

El 12 de febrero se hizo pública la exhortación postsinodal del Papa Francisco «Querida Amazonia», elaborada en torno a cuatro grandes sueños inspirados por esa tierra bendita: un sueño social, un sueño cultural, un sueño ecológico y un sueño eclesial. Pese a las múltiples presiones que recibió el Papa para innovar en cuestiones trascendentales del cristianismo, Francisco ha reafirmado la Tradición eclesial y nos ha dejado algunos textos muy lúcidos para defender el depósito de la fe.

I. El sueño social: Que la Iglesia esté al lado de los oprimidos

El primer capítulo de *Querida Amazonia* se centra en el «Sueño social» (8). Destaca que «un verdadero planteo ecológico» es también un «planteo social» y, si bien aprecia el «buen vivir» de los indígenas, advierte contra el «conservacionismo» que solo se preocupa por el medioambiente. Habla de «injusticia y crimen» (9-14). Recuerda que Benedicto XVI ya había denunciado «la devastación ambiental de la Amazonia». Los pueblos originarios, advierte, sufren el «sometimiento» tanto de

los poderes locales como de los externos. Para el Papa las operaciones económicas que alimentan la devastación, los asesinatos, la corrupción, merecen el nombre de «injusticia y crimen». Y con Juan Pablo II reitera que la globalización no debe convertirse en un nuevo colonialismo.

Ante tal injusticia, el Pontífice pide «indignarse y pedir perdón» (15-19). El Papa denuncia el mal de la corrupción que envenena al Estado y sus instituciones. Y espera que la Amazonia se convierta en «un lugar de diálogo social», en primer lugar, «con los últimos». La de los pobres, advierte, ha de ser «la voz más potente» en la Amazonia.

2. El sueño cultural: Cuidar el poliedro amazónico

El segundo capítulo está dedicado al «Sueño cultural». Francisco inmediatamente deja claro que «promover la Amazonia» no significa «colonizarla culturalmente» (28). Así, utiliza una imagen que le es muy querida: «el poliedro amazónico» (29-32). Es necesario luchar contra la «colonización postmoderna». Para Francisco es urgente «cuidar las raíces» (33-35). Citando a *Laudato si'* y *Christus vivit*, subraya que la «visión consumista del ser humano» tiende a «homogeneizar las culturas» y esto repercute especialmente en los jóvenes. A ellos, el Papa les pide «hacerse cargo de las raíces», que «recuperen la memoria dañada».

3. El sueño ecológico: Unir el cuidado del ambiente y el de las personas

El tercer capítulo, «Un Sueño Ecológico», es el que se relaciona más inmediatamente con la Encíclica *Laudato si'*. En la introducción (41-42) se destaca que en la Amazonia existe una estrecha relación del ser humano con la naturaleza. El cuidado de nuestros hermanos como el Señor nos cuida, reitera, «es la primera ecología que necesitamos». El cuidado del medioambiente y el cuidado de los pobres son «inseparables». Francisco, entonces, vuelca su atención al «sueño hecho de agua» (43-46).

4. El sueño eclesial: Desarrollar una Iglesia con rostro amazónico

El último capítulo, el más contundente, está dedicado «más directamente» a los pastores y fieles católicos y se centra en el «Sueño eclesial». El Papa invita a «desarrollar una Iglesia con rostro amazónico» a través de un «gran anuncio misionero» (61), un «anuncio indispensable en la Amazonia» (62-65).

Para el Papa no basta con llevar un «mensaje social». Estos pueblos tienen «derecho al anuncio del Evangelio», de lo contrario «cada estructura eclesial se convertirá» en una ONG. Una parte sustancial se dedica entonces a la inculturación. Retomando la *Gaudium et spes*, habla de la «inculturación» (66-69) como un proceso que lleva «a la plenitud a la luz del Evangelio» lo bueno que existe en las culturas amazónicas.

La pastoral de la Iglesia tiene en la Amazonia una «presencia precaria». Se requiere lograr que la ministerialidad se configure de tal manera que esté «al servicio de una mayor frecuencia de la celebración de la Eucaristía, aun en las comunidades más remotas y escondidas», indica, y al mismo tiempo «se necesitan ministros que puedan comprender desde dentro la sensibilidad y las culturas amazónicas».

Orden sagrado

En este contexto, el Pontífice aclara qué es lo más específico del sacerdote, aquello que no puede ser delegado: el sacramento del Orden sagrado, «que lo configura con Cristo sacerdote», asegura. «Ese carácter exclusivo recibido en el Orden, lo capacita sólo a él para presidir la Eucaristía. Esa es su función específica, principal e indelegable».

Cuando se afirma que el sacerdote es signo de «Cristo cabeza», el sentido principal es que Cristo es la fuente de la gracia: Él es cabeza de la Iglesia «porque tiene el poder de hacer correr la gracia por todos los miembros de la Iglesia», recuerda el Papa.

Perdón de los pecados

Francisco escribe que en dos sacramentos está «el corazón» de la «identidad exclusiva» del sacerdote: La Eucaristía y el perdón de

los pecados.

«El sacerdote es signo de esa Cabeza que derrama la gracia, ante todo cuando celebra la Eucaristía, fuente y culmen de toda la vida cristiana. Esa es su gran potestad, que sólo puede ser recibida en el sacramento del Orden sacerdotal». Por eso únicamente él puede decir: «Esto es mi cuerpo». Hay otras palabras que sólo él puede pronunciar: «Yo te absuelvo de tus pecados», explica.

En este sentido, Francisco exhorta a todos los obispos, en especial a los de América Latina, no sólo a promover la oración por las vocaciones sacerdotales, sino también a ser más generosos, orientando a los que muestran vocación misionera para que opten por la Amazonia.

El don de las mujeres

En la Amazonia hay comunidades que se han sostenido y han transmitido la fe durante mucho tiempo sin que algún sacerdote pasara por allí, aun durante décadas, «gracias a la presencia de mujeres fuertes y generosas: bautizadoras, catequistas, rezadoras, misioneras, ciertamente llamadas e impulsadas por el Espíritu Santo».

Así, el Papa insta a «expandir la mirada para evitar reducir nuestra comprensión de la Iglesia a estructuras funcionales», ya que «ese reduccionismo nos llevaría a pensar que se otorgaría a las mujeres un *status* y una participación mayor en la Iglesia sólo si se les diera acceso

Estos pueblos tienen «derecho al anuncio del Evangelio», de lo contrario «cada estructura eclesial se convertirá» en una ONG.

al Orden sagrado».

«Esta mirada, –continúa Francisco– en realidad limitaría las perspectivas, nos orientaría a clericalizar a las mujeres, disminuiría el gran valor de lo que ellas ya han dado y provocaría sutilmente un empobrecimiento de su aporte indispensable».

Jesucristo, figura de un varón

El Pontífice aclara que «Jesucristo se presenta como Esposo de la comunidad que celebra la Eucaristía, a través de la figura de un varón que la preside como signo del único Sacerdote». Así, «este diálogo entre el Esposo y la esposa, que se eleva en la adoración y santifica a la comunidad, no debería encerrarnos en planteamientos parciales sobre el poder en la Iglesia».

Y añade: «El Señor quiso manifestar su poder y su amor a través de dos rostros

humanos: el de su Hijo divino hecho hombre y el de una creatura que es mujer, María. Las mujeres hacen su aporte a la Iglesia según su modo propio y prolongando la fuerza y la ternura de María, la Madre. De este modo no nos limitamos a un planteamiento funcional, sino que entramos en la estructura íntima de la Iglesia».

Caminos de inculturación

La auténtica opción por los más pobres y olvidados, al mismo tiempo que nos mueve a liberarlos de la miseria material y a defender sus derechos, implica proponerles la amistad con el Señor que los promueve y dignifica. Sería triste que reciban de nosotros un código de

«No se trata de que todos seamos más light o de que escondamos las convicciones propias que nos apasionan para poder encontrarnos con otros que piensan distinto.»

doctrinas o un imperativo moral, pero no el gran anuncio salvífico, ese grito misionero que apunta al corazón y da sentido a todo lo demás.

Ellos tienen derecho al anuncio del Evangelio, sobre todo a ese primer anuncio que se llama *kerygma*, el anuncio de un Dios que ama infinitamente a cada ser humano, que ha manifestado plenamente ese amor en Cristo crucificado por nosotros y resucitado en nuestras vidas.

«No se trata de que todos seamos más light o de que escondamos las convicciones propias que nos apasionan para poder encontrarnos con otros que piensan distinto. Si uno cree que el Espíritu Santo puede actuar en el diferente, entonces intentará dejarse enriquecer con esa luz, pero la acogerá desde el seno de sus propias convicciones y de su propia identidad», explica el Papa. ●



Amazonia, Deforestación (foto: Carl de Souza).

Restablecer el rumbo de la vida hacia Cristo

Papa Francisco

En medio de las tinieblas de la epidemia del coronavirus, se alza la voz del papa Francisco invitando a todos, creyentes y no creyentes, a volver el rostro a Cristo, que nos interpela desde la Cruz y nos invita restablecer el rumbo de la vida hacia Él y hacia los demás.

« Al atardecer » (Mc 4,35). Así comienza el Evangelio que hemos escuchado. Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: «perecemos» (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino sólo juntos. Es fácil identificarnos con esta historia, lo difícil es entender la actitud de Jesús. Mientras los discípulos, lógicamente, estaban alarmados y desesperados, Él permanecía en popa, en la parte de la barca que primero se hunde. Y, ¿qué hace? A pesar del ajetreo y el bullicio, dormía tranquilo, confiado en el Padre —es la única vez en el Evangelio que Jesús aparece durmiendo—. Después de que lo despertaran y que calmara el viento y las aguas, se dirigió a los discípulos con un tono de reproche: «¿Por qué tenéis miedo?

¿Aún no tenéis fe?» (v. 40). Tratemos de entenderlo. ¿En qué consiste la falta de fe de los discípulos que se contraponen a la confianza de Jesús? Ellos no habían dejado de creer en Él; de hecho, lo invocaron. Pero veamos cómo lo invocan: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (v. 38). No te importa: pensaron que Jesús se desinteresaba de ellos, que no les prestaba atención. Entre nosotros, en nuestras familias, lo que más duele es cuando escuchamos decir: «¿Es que no te importo?». Es una frase que lastima y desata tormentas en el corazón. También habrá sacudido a Jesús, porque a Él le importamos más que a nadie. De hecho, una vez invocado, salva a sus discípulos desconfiados. La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas «salvadoras», incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad. Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (ben-

dicada) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos. «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, esta tarde tu Palabra nos interpela se dirige a todos. En nuestro mundo, que Tú amas más que nosotros, hemos avanzado rápidamente, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa. No nos hemos detenido

La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad.



ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo. Ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos: “Despierta, Señor”. «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la fe. Que no es tanto creer que Tú existes, sino ir hacia ti y confiar en ti. En esta Cuaresma resuena tu llamada urgente: “Convertíos”, «volved a mí de todo corazón» (Jl 2,12). Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como un momento de elección. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el

No hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo.

rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás. Y podemos mirar a tantos compañeros de viaje que son ejemplares, pues, ante el miedo, han reaccionado dando la propia vida. Es la fuerza operante del Espíritu derramada y plasmada en valientes y generosas entregas. Es la vida del Espíritu capaz de rescatar, valorar y mostrar cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los 2 acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo.

Frente al sufrimiento, donde se mide el verdadero desarrollo de nuestros pueblos, descubrimos y experimentamos la oración sacerdotal de Jesús: «Que todos sean uno» (Jn 17,21). Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos. La oración y el servicio silencioso son nuestras armas vencedoras. «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación. No somos autosuficientes; solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere. El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. Is 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza. Abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sen-

Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor.

tirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza. «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Queridos hermanos y hermanas: Desde este lugar, que narra la fe pétrea de Pedro, esta tarde me gustaría confiarlos a todos al Señor, a través de la intercesión de la Virgen, salud de su pueblo, estrella del mar tempestuoso. Desde esta columnata que abraza a Roma y al mundo, descienda sobre vosotros, como un abrazo consolador, la bendición de Dios. Señor, bendice al mundo, da salud a los cuerpos y consuela los corazones. Nos pides que no sintamos temor. Pero nuestra fe es débil y tenemos miedo. Mas tú, Señor, no nos abandones a merced de la tormenta. Repites de nuevo: «No tengáis miedo» (Mt 28,5). Y nosotros, junto con Pedro, “descargamos en ti todo nuestro agobio, porque Tú nos cuidas” (cf. 1 P 5,7).●



La primavera de tu sonrisa

Juan Antonio Tapia

El pasado mes de marzo nuestra hermana Marimar Fernández marchó con el Padre; ahora desde el cielo impulsa la tarea del Movimiento Cultural Cristiano. El autor de esta carta, amigo, hermano apostólico y compañero profesional de Marimar, nos acerca a ella.

Querida Marimar:

Llevamos confinados varias semanas y no hemos podido vernos ni abrazarnos. Y ahora las circunstancias han hecho que no podamos vernos personalmente hasta que no nos presentemos ante el Padre. Tú ya estás en su casa, que es la tuya. Nosotros aquí, esperando atónitos. Porque te has ido demasiado temprano, cuando ya había amanecido. Te has ido con la luz y hacia la Luz. Y tu ángel de la guarda ha sufrido también un ERTE, como muchos otros. Pero en el caso de Jesús, tu esposo y ángel de la guarda, es un ERTE con fecha de caducidad, solo que esa fecha no nos toca ponerla a nosotros.

Por aquí todos mal. Encerrados, confinados, consumidos y cabreados. Pero no perdemos la ESPERANZA, porque tú formas parte de ella. Con mayúsculas y en negrita. Porque tú tienes esa forma tan bonita de decirnos que nos quieres. Esa forma que solo en tus labios transmite tan maravillosamente tu cariño por nosotros. Cada vez que nos dices “ERES LO PEOR” ¿Te suena? Acto seguido nos aclaras: “bueno, no. Lo peor soy yo. Pero detrás vas tú”. Yo no veo otra forma más bonita de expresar al mismo tiempo el amor y el humor de Dios. Porque el amor y el humor en tu vida son lo mismo. Y hasta los chistes que cuentas llevan ese aroma amoroso que refresca el humor que tú les pones. Porque mira que eres graciosa, ¡Condenada! Mira que sabes reírte, no de los demás, sino con los demás. Lo que más falta le hace a este puñetero mundo. El humor amoroso.

Y estoy triste, cómo no lo voy a estar. Si ya no te vamos a tener en persona. Esos cafés todos los días en el recreo. Benditos cafés. Ahora me los tomaré sin ti físicamente. Pero no te pienso dejar escapar ¡No haberte hecho amiga mía! Ahora, como diría el Principito, me

has domesticado y te necesito, y nunca voy a dejar de necesitarte. Ahora copio sin pudor los versos del poeta y quiero escribir los versos más tristes, y quiero escarbar la tierra con los dientes, y quiero sacarme del pecho el corazón y meterlo debajo de un zapato. Ahora cobran para mí un nuevo sentido estas palabras. Porque sé que son un sentimiento real. Pero también sé que eres un ángel. Siempre lo has sido. Y los ángeles tienen poderes que los pobres ignorantes como yo ni nos imaginamos. Por eso a ti me encomiendo, en la confianza de que vas a llenarme de esperanza. En la confianza de que los auténticos amigos lo son para la eternidad.

Y, por eso, tengo que señalar la generosidad de tu vida. Siempre manteniendo a la familia, siempre en un segundo plano. No le das importancia a esa generosidad que te sale por los poros. Por vuestra casa ha pasado media España (y me quedo corto). Hemos comido, hemos dormido y hemos disfrutado de vuestra compañía tantas veces como hemos querido.

¡Y qué bien cocinas! Sobre todo cocinas bien la amistad. Le das ese punto de acogida y cariño que la hacen más deliciosa. No sé cómo has conseguido la receta. Pero funciona. Y la puedes acompañar con lo



que quieras: amistad al alioli, amistad en pepitoria, en salsa verde... sazonado con abundante ternura. Así a ver quién se niega a un plato tuyo. Hasta con el cáncer muy avanzado nos has invitado a comer y cenar a tu casa. Hasta casi sin fuerzas en el hospital has pedido por nuestros hijos por nuestras familias, has estado pendiente de cómo nos iba a todos. Eres increíble.

Quiero que sepas que tu trabajo callado en tu casa sostiene el trabajo de toda la organización. Porque los niños no se cuidan solos, ni la casa se limpia sola, ni la cocina tiene piloto automático. Y sin esos “detalles” a ver quién es el guapo que sale a difundir o a preparar ponencias o a trabajar en el apostolado. Y encima, siempre que se te ha pedido, preparas tus ponencias, nos haces power points. A mí ni sé los que me has hecho, para el trabajo y para los grupos de formación. Tú eres una persona por la que sigo metidos en estos fregados de la asociación apostólica. Tú me haces sentir que todo esto merece la pena. No eres la única, claro, pero sí una de esas personas que no cambiaría por absolutamente nada en esta vida. Por eso entiendo tus frases sobre que no tienes fe, que no eres una militante cristiana, como otro detalle del Humor de Dios. Porque tú lo dices sinceramente, pero todos sabemos que es mentira. Te dejamos decirlo, pero no nos lo creemos, porque te conocemos y, por eso, te queremos.

Y en las clases, con tus alumnos.

“No eres del Amor de Dios si no... amas incondicionalmente a Mari Mar”.

Este fue un hastag que corrió como la pólvora hace unos años. Y que a mí me hizo sentirme muy orgulloso de ser tu amigo. Esa forma de tranquilizar a los alumnos cuando tenían un examen. Tú, que eres un manojo de nervios... los relajabas y los ponías a hacer el examen serenamente. El Humor de Dios. Ahora me toca a mí insistirles en que recuperen el hábito tan injustamente denostado de la oración, esa que tú practicas como una experta... P’ a que luego digas que no tienes fe. Si rezásemos más odiaríamos menos, amaríamos más. Tú, de hecho, ya has conseguido el milagro de que tus hijos adolescentes se uniesen contigo a rezar el rosario.

Solo me queda despedirme hasta la próxima oración. Ahora vas a estar en todas mis oraciones, junto con mi madre, la señora Isabel. Tronchándoos de risa las dos. De risa de la buena, de esa que limpia el alma y sana el cuerpo. Si me dejas elegir un regalo, me quedo con tu sonrisa. Con la eterna primavera de tu sonrisa. ●

ORACIÓN DE CONFIANZA A LA VIRGEN MARÍA DEL DIVINO AMOR *del Papa Francisco*

Oh, María, tú resplandeces
siempre en nuestro camino
como signo de salvación y esperanza.

Nosotros nos encomendamos a ti,
salud de los enfermos,
que ante la Cruz fuiste asociada
al dolor de Jesús manteniendo
firme tu fe.

Tú, salvación de todos los pueblos,
sabes lo que necesitamos y estamos
seguros de que proveerás para que,
como en Caná de Galilea,
pueda regresar la alegría y la fiesta
después de este momento de prueba.

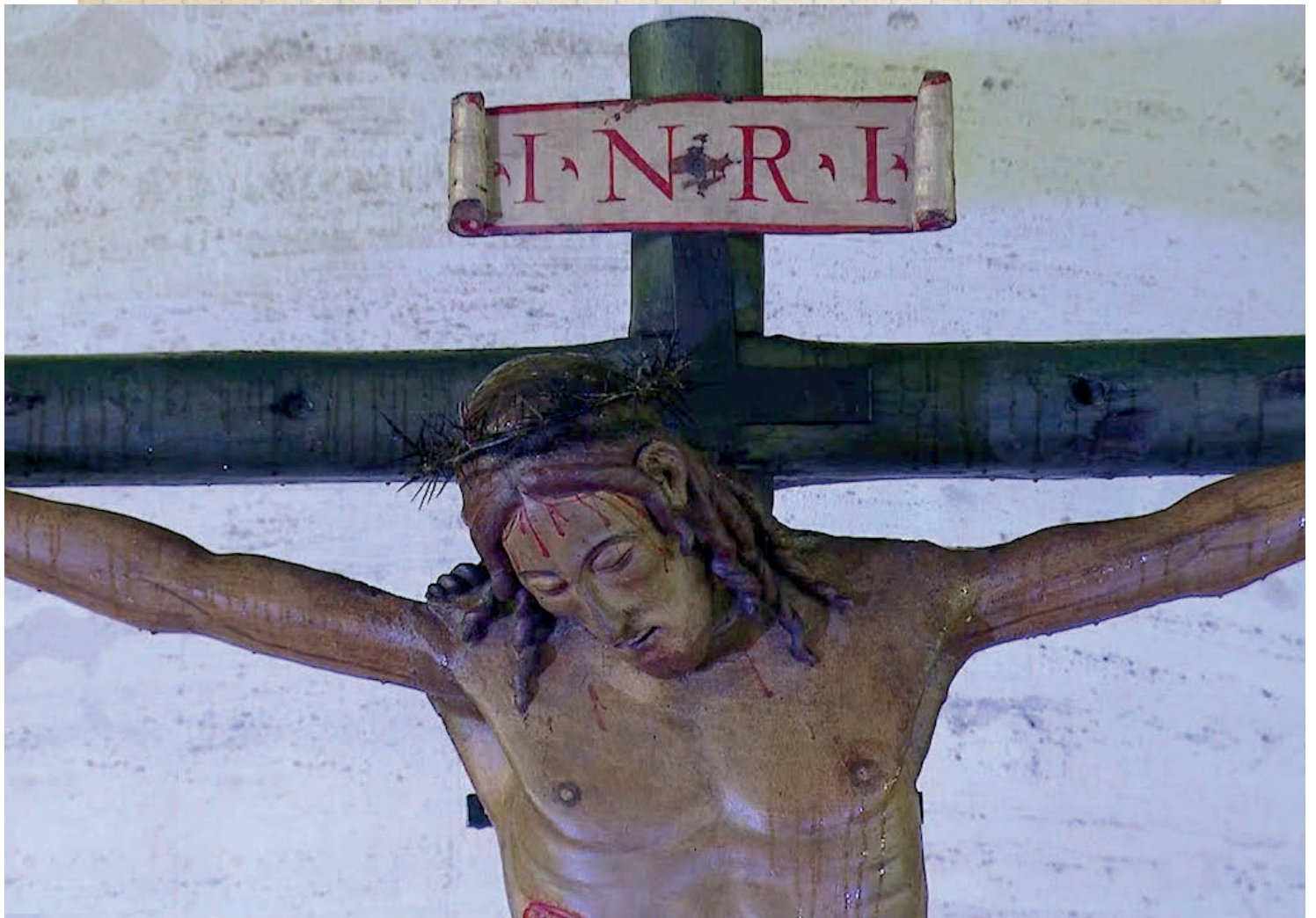
Ayúdanos, Madre del Divino Amor,
a conformarnos a la voluntad
del Padre y a hacer lo que nos
dirá Jesús, que ha tomado sobre sí
nuestros sufrimientos, y ha tomado
sobre sí nuestros dolores
para llevarnos, a través de la Cruz,
al gozo de la Resurrección.

Bajo tu protección buscamos refugio,
Santa Madre de Dios.

No desprecies nuestras súplicas
que estamos en la prueba y libéranos
de todo pecado, o Virgen gloriosa
y bendita.

Amén.

**Es el tiempo de restablecer
el rumbo de la vida hacia ti,
Señor, y hacia los demás**



«No nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo.»

**(Papa Francisco
en la bendición *urbi et orbi* en marzo de 2020)**